

DISCURSO

pronunciado por el Dr. León S. Morra, Rector de la Universidad Nacional de Córdoba, en el acto académico de recepción de su título de miembro honorario de la Universidad Nacional de La Plata

Señor Presidente:

Señores Consejeros y Profesores:

Jóvenes estudiantes:

Señoras y señores:

Gracias, gracias mil, sean mis primeras palabras por este magnífico acto académico, homenaje que recibo como dedicado a la Universidad de Córdoba, la primogénita de las hermanas argentinas.

Gracias por lo que a mi persona corresponda en este acto, que, debo decirlo con franqueza, sin alarde alguno de modestia, no tiene otro título para merecerlo que el de ejercer el rectorado de la vieja Casa de Córdoba.

Gracias, mil gracias, por vuestros benévoloos conceptos, señor Presidente, que si justos talvez para la Universidad de Trejo, revelan solo vuestra benignidad ingénita y vuestra exquisita nobleza y hospitalidad, en lo que a mí se ha referido. Debo también presentar mi profundo reconocimiento en este momento al H. C. Superior Universitario, que respondió a la iniciativa de su digno Presidente, discerniéndome por unanimidad de votos la honrosísima distinción de que he sido objeto.

Y gracias, por fin, al Señor Presidente de la Federación Universitaria de La Plata y a los centros estudiantiles que representa por su tan espontánea como entusiasta adhesión a este homenaje. Sus palabras y sus conceptos nobles y sinceros, como todo lo que puede nacer de juventud tan distinguida, me han colmado de hondas satisfacciones y dejarán en mi memoria imperecederos recuerdos.

Las impresiones que en este momento gravitan sobre mi espíritu son excepcionales para mí, y estoy atravesando una de las horas más solemnes de mi vida. El título que me acordais en este acto, de Miembro honorario de esta Universidad, será uno de los blasones más honrosos que podré ostentar en adelante, y será al mismo tiempo el más poderoso estímulo que constantemente sentiré golpeando en mi conciencia, impeliéndome al cumplimiento del deber. Llevaré siempre en mi memoria el lema de vuestro escudo: “por la ciencia y por la patria”.

Señores:

En la parte central de la República, en un paraje situado a igual distancia sensible del Atlántico y Los Andes, hállase recostada en el valle del oriente de hermosísimas montañas, una ciudad antigua en la América Española, si bien muy nueva con relación al sucederse de los siglos y a la evolución de los pueblos. Está ubicada en el corazón de una zona privilegiada de la tierra. Majestuosas montañas hacia un lado, en cuyo seno se guardan tesoros minerales que el hombre empieza a descubrir; añosos bosques y tupidos montes en su norte, en que abunda hermosa fauna y que son fuentes de riqueza y de solaz; mucha pampa al sud, la pampa argentina, la pampa de los gauchos de la tradición, la cantada por los poetas; la que hoy, dorada por la espiga, es granero para el mundo, allí tiene su comienzo. Hay un suelo fértil; hay un cielo claro; hay un clima bueno; un ambiente tibio; tan cerca y tan lejos está del ecuador como del polo.

Pero en esa ciudad no todo es bellezas naturales, encantos panorámicos, frutos y riquezas; hay algo más en ella que le da su sello propio y le infunde su especial carácter; una Casa de Estudios y Cultura, tan antigua como ella, porque puede decirse que nacieron juntas. Los años, períodos demorados por la tierra en su vertiginosa vuelta por la inmensidad de los cielos alrededor del sol, que son como milenios en relación con ciertas expresiones fugaces de la vida; que parecen siglos a veces en la evolución de los hombres, semejan minutos en el curso de la historia y en la marcha de las civilizaciones y los pueblos.

Por esto puede decirse que nacieron juntos ese pueblo y su Universidad querida; pocos años hay de distancia en su existencia: han crecido juntos, han marchado unidos y hoy como ayer y como siempre se encuentran confundidos y son la misma cosa esa Casa de estudios y la ciudad donde se encuentra.

De ellas vengo señores y de ellas traigo la palabra.

La Universidad de Córdoba, con tanta elocuencia ensalzada

por vuestro Presidente, que ha pasado ya los tres siglos de existencia, ha sido en los tiempos coloniales el más potente foco que irradiaba la luz de la ciencia y el estudio en esta parte de América que hoy constituyen los estados argentinos.

En toda la época de la conquista, de la dominación del pabellón de los Reyes de Castilla, si bien aparentemente período de luchas titánicas entre españoles y nativos, largo y doloroso amplexo de las civilizaciones del Lacio y de los Incas, la Universidad de Córdoba, con las de Méjico, Lima y Chuquisaca, han sido los centros culminantes en que ese grandioso abrazo ha engendrado la civilización americana.

Los austeros teólogos, los doctores graves, los importantes licenciados en las letras y en las artes que de sus claustros salían con recta orientación y severa disciplina, volvían a los pueblos de su origen, llevando con los frutos de su esfuerzo, los conceptos del bien y la verdad para ser difundidos y esparcidos junto con el lema del escudo de la Casa que los formara: "Ut portet nomen meum coram gentibus". Leyenda que a través de los tiempos aún perdura, como el mismo escudo que la ostenta, con la insignia de Jesús, con el sol, con la corona y con el águila, revelando su antigüedad y su origen, recordando su tradición y su historia y compendiando la influencia que en los primeros siglos de su vida, como en todo lo que en la colonia vivía, ejercían sobre ella los decretos reales y los breves pontificios.

En el período que podríamos llamar de incubación de la nacionalidad argentina, la influencia de los Universitarios de Córdoba se destaca en la historia a cada paso y su acción se siente, civilizando y orientando, ya en las grandes ciudades como en los pequeños vecindarios, diseminados unos y otros en la inmensidad del territorio y separados por extensas y silenciosas soledades, de naturaleza exuberante y bella pero salvaje.

La epopeya de la Independencia Americana encuentra a la Universidad de Córdoba cumpliendo su segundo centenario, elevada a la categoría de Mayor y esparciendo los rayos de la ciencia y la cultura, siempre como el más potente foco de la parte austral del continente. Sus maestros, sus graduados, sus alumnos, ocupan posiciones en la gran jornada; en Juntas, en Congresos y en las filas del ejército patriota. Sus aulas se despueblan y la juventud alegre y bulliciosa deja los viejos claustros trocando la serena vida del estudio por la azarosa del campamento, valorando en toda su importancia la gravedad de las horas. De ese grupo

surgen héroes que hoy reconoce la gratitud nacional: José María Paz es uno de ellos.

El Congreso de Tucumán, el período anárquico de la organización nacional y la era marcada por el afianzamiento de las instituciones patrias, han contado siempre con la participación activa, a veces decisiva, de los Universitarios de Córdoba, que no he de nombrar uno a uno, después de la elogiosa nómina a que acaba de referirse vuestro ilustre Presidente.

En los últimos años, en este medio siglo de progreso y engrandecimiento vertiginoso del país, la palabra autorizada, el consejo y la acción de los egresados de sus aulas, se ha sentido eficazmente en el gobierno y en el parlamento; en la cátedra y en el libro; en la prensa y en todas las formas susceptibles de influir en los intereses colectivos y en la orientación social. Menciono el nombre de Joaquín González, para no citar sino a uno de entre tantos.

Y recordando a este ilustre hijo de la vieja Casa, oportuno es que deje de ocuparme de ella para hacerlo de la vuestra; ya que él, su genial creador, constituye el primero y más hermoso vínculo entre ambas universidades, como este acto, tan honroso para mí, significa también un nuevo lazo que afianza la unión de las dos Instituciones hermanas.

Joaquín González, estadista, legislador, catedrático, escritor; descollando en todas las actividades a que inclinara su espíritu, es una de las figuras patricias más salientes, entre las muchas que en las últimas décadas han ocupado el escenario nacional, ostentando grados o títulos acordados por la tricentaria Casa de Córdoba.

Y la Universidad que represento y en cuyo nombre dedico como homenaje este recuerdo al hijo predilecto, en el propio seno de la más soberbia de las obras que él gestara, le ha contado, aún salido de ella, entre los que siempre la miraban con cariño y gratitud y lo sabía, en todo tiempo, solícito para prestarle sus auxilios desde las altas posiciones que ocupara.

Es fama en Córdoba, señores, que cada vez que llegaba a ella, como impelido al cumplimiento de un deber sagrado, rendía su tributo a la madre espiritual, visitando sus claustros, aspirando su ambiente, evocando viejos recuerdos; y es fama también que desde que pisaba el umbral de su puerta, descubría su cabeza con religioso respeto y solo en esa forma, sombrero en mano, recorría las viejas galerías de blancas bóvedas y pesados arcos.

No pretendo hacer la apología de este hombre de mentalidad gigante; no es mi ánimo hacer el elogio de esta personalidad mo-

delada con el cincel de las disciplinas del Instituto de Trejo, que sería interminable y mi palabra insuficiente para ello.

Basta solo y es su más brillante apología, su más cumplido elogio, el mencionar sus obras. El perfume de la flor, la exquisitez del fruto, la fecundidad de la semilla, están revelando la esencia y la riqueza de la savia que circula en el tronco del árbol que los produce.

La Universidad de La Plata, este magnífico centro de la cultura argentina, a la que desde hoy me encuentro intensamente vinculado, con muy grande honra para mi modesta persona, pareceme, señores, que hubiera trocado fundamentalmente las leyes de la evolución: nacida ayer, puede decirse, se encuentra hoy con todos los caracteres de la madurez y en plena época de fecundidad y producción.

Breves son los años de su vida, veloz su marcha en el camino del progreso y soberbia la cosecha de sus variados y óptimos frutos.

Y no me refiero solamente, señores, al engrandecimiento material, que puede no ser a veces paralelo con el cumplimiento de la misión espiritual y depender en ocasiones del mayor o menor auxilio de los hombres de gobierno, sino también a su función primordial de cimentar y engrandecer el tesoro de la cultura nacional, influir en la solución de los múltiples problemas de interés colectivo y hasta orientar las instituciones y la misma nacionalidad, que es la más alta función de la Universidad, su fin esencial puede decirse.

“Pro Scientia et patria” dice sabiamente el lema de vuestro escudo.

Todos los conceptos de la Universidad moderna, todas las condiciones de la Universidad que marcha a compás con el progreso de la época y las nuevas exigencias de la constitución social, tal vez adelantándose a ellas en ocasiones y señalando el horizonte, se encuentran satisfechas en esta Casa que, por raro fenómeno, en la aurora de su vida se halla con el sol en el cenit.

La triple misión: profesional, científica y social se encuentra en ella sabiamente contemplada y me es grato decirlo y he de expresarlo con orgullo, ya que desde hoy soy Miembro de ella, que ha marcado y marca rumbos en la cultura nacional, en algunos de esos aspectos de su nobilísima función.

La formación de profesionales y de técnicos y la investigación científica, el cultivo de las letras y el fomento de las artes, todo lo abarca y lo envuelve con su manto protector, no dejando

ni siquiera a la instrucción primaria libre del ambiente tibio y fecundante de sus pliegues.

Desde su colosal museo que atesora riquezas que son trozos de la evolución de la tierra y de la vida, reconstituyendo las estratificaciones del pasado, hasta sus gabinetes de investigación que sondan el porvenir; desde los laboratorios de la Facultad de Química en que se investiga lo infinitamente pequeño — la vida atómica — la química de la vida, hasta los telescopios de su observatorio que escudriñan la inmensidad de los cielos, llevando la mirada de los hombres hasta las entrañas mismas del infinito, todo es abarcado en esta Casa de estudios; se llega hasta lo sublime, la belleza en todas sus formas; el arte tiene su escuela, la música su templo, el pincel sus cultores y como digno marco de este cuadro brillante hasta las delicias y encantos evocados por el teatro griego, sientan en ella sus reales.

La verdad, el bien y la belleza; en otra forma, lo que instruye, lo que educa y lo que deleita, son los términos que a la manera del dogma cristiano, forman la Trinidad que debe constituir la unidad de todo espíritu selecto.

La faz de orientación de las Universidades, su colaboración en las cuestiones sociales, su participación en los problemas de orden institucional, hállanse compendiados en su magnífica creación del Congreso Universitario Anual, que a estos nobilísimos objetivos y a la eficacia de sus procedimientos agrega la hermosa y útil consecuencia de la vinculación de las Universidades hermanas, el conocimiento de sus hombres, el intercambio intelectual de sus maestros, el abrazo fraternal de sus alumnos; más cuando la sede de sus deliberaciones es patrióticamente variada cada año.

Y en tal sentido este Instituto es también gestor de otra valiosa iniciativa, desgraciadamente no llevada a la práctica: la confederación de las universidades argentinas; su conjunción para las gestiones nobles, para las empresas grandes, o para la defensa de los intereses superiores y comunes a todas ellas, que jamás pueden ser otros que los beneficios de la colectividad y nunca distintos de los altos y verdaderos intereses de la Nación.

No necesito decir que es natural, que es lógico, que es conveniente y hasta necesario que las Universidades tengan sus divergencias de organización, de planes, de reglamentos; fases y aspectos distintos obedeciendo a las exigencias propias de su asiento, a las características del medio, a las necesidades de la zona que las circunda; pero, en lo fundamental, en el rol más delicado de preparar la nacionalidad, de plasmar la substancia, diré así, y mo-

delar los contornos de la raza del futuro, permítaseme la expresión, la acción debe ser conjunta, la empresa solidaria, la dirección común, ya que único y común es el gran norte que se debe perseguir.

En los pueblos que aspiran a colocarse a la cabeza de la civilización y la grandeza, más todavía, en los pueblos jóvenes como el nuestro, son las universidades las que deben ocupar la vanguardia y señalar los caminos en la marcha ascensional del progreso.

En los países de reciente formación, un siglo es breve plazo en el curso de la historia, en que recién empiezan a diseñarse los elementos que han de dar formas y caracteres a la nacionalidad del futuro hasta llegar a una expresión étnica definitiva y grande, en especial, cuando como en nuestro caso con la liberalidad de nuestras leyes y la atracción de nuestro inmenso territorio afluyen corrientes inmigratorias de todas las latitudes de la tierra, que deben amalgamarse, confundirse y adaptarse, las Universidades deben ser los crisoles recios y eficaces en que esa fusión ha de efectuarse.

Es una operación complicada y seria que afecta al porvenir de las jóvenes naciones de la América latina y que nunca puede dejarse librada a las imprevisiones del azar. Son las Universidades en conjunto; sus cátedras y sus tribunas; sus revistas y sus publicaciones; sus conferencias y sus estímulos, su propaganda y su extensión, su cultivo del arte, la cultura y la belleza; y es por fin su difusa y amplia influencia ejercida en todas las actividades, en todos los círculos y en todas las capas sociales por la actuación múltiple y variada de sus maestros, sus alumnos y todos los egresados de ellas.

La mayor vinculación de los institutos de enseñanza superior; su más intenso intercambio intelectual; su más íntima aproximación; la mayor frecuencia de los actos de solidaridad son, todos, formas de tender al patriótico objetivo de una orientación definida y precisa en el camino del progreso nacional. Tendamos con estos actos y en todas las formas posibles a la nobilísima obra de la unión de la familia intelectual para que orientada ella hacia los más elevados ideales de la humanidad, aprovechando las riquezas de su fertilísimo suelo, pueda la patria ocupar el lugar a que se encuentra destinada en el concierto de las naciones civilizadas de la tierra.

Unamos, señores, entonces, a las Universidades Argentinas en la aspiración común que debe guiarnos según el lema de vuestro eslogan - *por la ciencia y por la patria* - para que ella, engrande-

cida como corresponde, de acuerdo al lema del escudo de la Universidad de Trejo, sea su nombre bien conocido por todas las gentes del mundo.

Al terminar, señores, quiero también que mis últimas palabras sean otra vez de reconocimiento y gratitud para este suntuoso templo de la ciencia y del saber, que me ha discernido tan altísimo honor como el de colocar mi nombre entre el de sus miembros honorarios; por este magno acto académico que acepto en nombre de la Universidad de Córdoba y por las múltiples y gentiles atenciones recibidas del ilustre señor Presidente, del muy distinguido Cuerpo Directivo y del destacado personal docente.